

A las siete de la noche nos sentamos á la mesa, y nos fué servido un banquete opíparo, donde tomamos manjares exquisitos y vinos riquísimos. Gusté allí el vino de Chipre, tan afamado en la antigüedad, y cantado mil veces por Horacio; y á decir verdad, no me sentí pagado de su sabor. Seguramente los antiguos no eran muy hábiles en esto de fabricar vinos; ó bien la sábia elaboracion de aquel tiempo se ha perdido.

Durante la comida se habló sobre la política europea, sobre las fatigas de nuestro viaje, sobre el cambio total operado en los países orientales, con respecto á los cristianos, y de otras cosas mas que no recuerdo.

En la sobremesa tomó la palabra la mujer del cónsul, que era una italiana de cincuenta años, y nos refirió multitud de curiosidades acerca de las costumbres del país.—

—«Mustafá, decia la mujer del cónsul, es el *sheikh* de Saida, y tiene grandes relaciones con mi marido, á causa de los negocios del consulado. Hace seis meses hizo una gran fiesta en su harem, con motivo del nacimiento de su primer hijo. Fui invitada á ella, y en mi calidad de mujer, pude atravesar los umbrales de aquel lugar misterioso y vedado á la vista de todos los hombres. Mustafá tiene diez mujeres, de diversos países, edades y tipos. La última que ha tomado, es una muchacha drusa de diez y seis años, que bajó de las montañas del Libano para venir á encerrarse dentro de las paredes del harem. Esta es, pues, la mujer que ha dado un hijo al jeque de Saida, que llega ya á los cuarenta años. Nada puedo decir en alabanza de la belleza de Fatma. Es una niña blanca, sonrosada, de cabellos castaños y ojos azules. Tiene un cutis admirable por su suavidad y su brillo. Recostada como la ví, sobre grandes almohadones de seda, con la cabeza adornada con lazos de perlas y flores naturales, colocados negligentemente; con la pequeña boca entreabierto y sonriente, mostrando dos hileras de dientes menudos y blancos; con la lánguida mirada, velada por las grandes y rizadas pestañas que le hacian

sombra, parecia una huri del paraíso de Mahoma, parecia la creacion animada de la imaginacion de un poeta. Yo sé hablar el árabe, y pude entenderme muy bien con las mujeres de Mustafá. Al principio me veian ellas con recelo, y huían de mí como si fuese á hacerles daño; pero tan luego como les hablé en su idioma, se fueron acercando á mí tímidamente como los niños. Mi trage, mi peinado, mis botas y mi sombrilla, les causaban grande admiracion. Recuerdo que al abrir mi sombrilla para enseñarles su mecanismo, tuvieron miedo y se apartaron de mí, creyendo que era alguna arma. Yo les dije:

—«Hijas mias, todo lo que traigo es inocente é incapaz de hacer mal ninguno. Este objeto que os ha causado tanto susto, está destinado á librarme de los rayos del sol cuando me paseo por las calles.»

«Entonces les expliqué cómo se abria y se cerraba la sombrilla, y cómo se hacia uso de ella para librarse del sol. Quedaron asombradas; y mi sombrilla pasó de mano en mano, siendo abierta y cerrada mil veces, con grandes risas. Una despues de otra, todas aquellas mujeres tomaron la sombrilla abierta y pasearon enfáticamente por la estancia, en ademán de marchar por las calles, cubriéndose el sol como yo les habia dicho. Todo esto lo hacian con gracia infantil, y soltando sonoras carcajadas.

«De todas las mujeres de Mustafá fué Fatma la que me manifestó mas cariño y mayor confianza. Me mostró á su hijo tiernecito, que era una pequeña criatura gorda y colorada, liada con fajas é inmóvil como estatua.— Comí en el harem, y la comida nos fué servida por las esclavas, sin preámbulos de mesa ni cubiertos. Aquellas mujeres comian sentadas sobre sus divanes, metiendo la mano en los platos, como los muchachos malcriados. La comida consistió en un plato de arroz, otro de hùevos, otro de perdices y otro finalmente de dulce de hermoso color rosa, y lleno de perfume, pero de sabor bastante ingrato. Al concluir la comida trajeron las esclavas unas palanganas de porcelana llenas de agua perfumada, y unos panes de jabon blanco y grasoso. Por la noche dormimos en un mismo aposento,

Fatma, yo, y otras cinco mujeres. Los colchones fueron desenrollados y tendidos sobre los anchos divanes, y allí se formaron los lechos con grandes cojines, colchas de pluma y seda, y sábanas de lino finísimas.

«Al quitarme mi traje, todas las mujeres me rodearon, y Fatma me contemplaba con curiosidad desde su lecho. El corsé les llamó la atención mas que todo, y no podían comprender cómo fuera posible sufrir aquella armazón con varillas de fierro en derredor del cuerpo. Ajustéle á una el corsé y manifestó encontrarse sumamente incómoda y embarazada en sus movimientos. Mis botas abotonadas, les parecieron también muy molestas, pues ellas no usan sino grandes pantuflas, que les dejan el pié en absoluta libertad, y aun de estas mismas pantuflas se desprenden siempre que están sentadas.

«A mí también me sorprendieron muchas de las piezas que componían el traje de estas mujeres. Usan el traje ajustado y sumamente bajo por la parte delantera, de manera que su seno queda enteramente desnudo. Este talle suele ser de terciopelo ó seda de color oscuro, bordado de oro. Las faldas son en extremo cortas, y dejan á descubierto las piernas, que frecuentemente están desnudas, adornadas con aros de oro ó plata en el tobillo. En los brazos, siempre al descubierto, llevan brazaletes, y aun hay algunas que los traen dobles, pues se los colocan tanto en la parte inferior como en la superior del brazo. En el cuello llevan collares muy cargados de adornos colgantes, que en lo general son formados por piastras de oro, plata ó cobre, según la fortuna de la persona. Este gusto por las joyas es general á todas las mujeres orientales, pues aun las mas miserables buscan manera de procurarse pendientes, collares y adornos de cabeza, siquiera sean de cobre. El tamaño de los ojos es aumentado merced á la pintura con que se embadurnan el borde de los párpados, y esto lo hacen por medio de una sustancia llamada *khol*, que es resistente aun al agua misma. Toda la piel de su cuerpo está resplandeciente, debido á ciertas preparaciones de que usan en los baños que duran tres

ó cuatro días. Este gusto por dar brillantez al cutis, es de la mas remota antigüedad en este país, pues David decía allá en su tiempo: «que nuestras doncellas estén lisas y brillantes como las murallas de un palacio.»—Concluidas nuestras observaciones, nos metimos en el lecho, y yo me puse á rezar un poco, como acostumbro hacerlo antes de dormir. Encontrábame sentada, con los ojos cerrados, haciendo la señal de la cruz con la mano derecha, y murmurando mis oraciones en voz baja, cuando oí cuchichear en torno mio. Abrí los ojos y me encontré rodeada por las cinco mujeres, que habían acudido á mi derredor, descalzas y en camisa. Una de ellas me preguntó:

—«¿Qué murmura vd., señora, en voz baja?

—«Hago oración, le contesté, al Dios que adoro.

—«¿Y qué Dios adora vd.? volvió á preguntarme.

—«Adoro al Dios omnipotente, criador de todas las cosas, justo y perfecto.

—«¡Es Alá! contestaron las cinco mujeres en coro.

—«Encomendábame, proseguí yo, á Jesucristo, Hijo de Dios, que es Dios mismo.

—«Issa es un gran profeta, me dijo una de ellas, pero Mahoma es mas grande que él.

—«Esto no es tan cierto como vdes. lo creen, hijas mías.

«Las mujeres abrieron los ojos despavoridas, y comprendí que mis palabras les habían hecho el mismo efecto que una blasfemia. En aquel momento, Fatma, que todo lo había escuchado, me habló preguntándome cuál era la oración de los cristianos. Respondíle que era la que el Hijo de Dios nos había enseñado. Me suplicó se la dijera, y yo me puse á repetir, haciendo las debidas explicaciones, la oración dominical, *Padre nuestro*, etc. Todas aquellas mujeres quedaron asombradas de la sublimidad y sencillez de esta oración, y conocí que había causado impresión profunda en sus vírgenes imaginaciones. A continuación les supliqué me dijeran una de las oraciones de su religión, y Fatma me repitió una sumamente pomposa y lle-

na de palabras altisonantes, y que si es cierto estaba adornada con todas las galas de la poesía oriental, carecía en el fondo de verdadera grandeza. Pedí luego á Fatma que me explicara el sentido de lo que acababa de decir, y ni ella ni ninguna de sus compañeras pudieron hacerlo.

Comprendí entonces que los musulmanes, aunque fervientes y llenos de unción en sus plegarias, las repiten, con raras excepciones, sin entenderlas. Devotos y entusiastas en el cumplimiento del culto externo, su intencion de orar á Dios es seguramente lo que les favorece; pero los retumbantes rezos que se les enseñan y que de memoria repiten, no tienen para ellos en realidad significacion alguna. Las mezquitas además, y las oraciones en comun, no son hechas para las mujeres, pues estas no salen nunca de sus casas, ni van jamás al templo, porque los celos de sus padres ó maridos no les permiten hacerlo, y porque el mismo Mahoma dejó establecido que no lo hicieran.

«Era la media noche, estábamos en conversacion todavía, y yo me sentia rendida por el sueño. Díjeles pues:

—«Buenas noches, hijas mias, y cerré los ojos para que no me hablaran mas. Comenzaba á quedarme dormida, cuando oí la voz de Fatma que me decia:

—«Señora, señora.

—«Hija mia, le contesté.

—«Ruegue vd. á Dios por mi hijo y por mí.

—«Con mucho gusto.

—«Las oraciones de vd. serán escuchadas por Alá, porque es vd. buena, señora, y sabe hablar á Alá con palabras sublimes.

—«Soy mala, hija mia, y si sé hablar á Alá con palabras sublimes, es porque me las ha enseñado mi religion que es sublime como ellas.

—«Alá dará al esposo de vd. muchas ovejas y muchos camellos cuando vd. vuelva á su patria, pues nada sabrá negar á vd. en pi-diéndole de esa manera.

«Al escuchar aquel inocente discurso, no pude menos de reir, por mas que traté de contenerme. Fatma me oyó y se asombró mucho al ver que yo reia, pues ella hablaba muy seriamente. Me pareció indispensable hacerle una explicacion, para que no creyera que trataba de burlarme de ella.

—«Dispense vd. que haya reido, hija mia, le dije, pero no he podido contenerme al oír á vd., que cree que las riquezas de mi patria consisten como aquí, en ovejas y camellos. En mi patria no hay camellos mas que en ciertos lugares públicos, donde son mostrados al través de enrejados, como cosa curiosa. Fatma se manifestó asombrada, y me preguntó con la inocencia de un niño:

—«¿Pues cómo se viaja por los desiertos de su país de vd.?

—«En mi país no hay desiertos, y se viaja en coches ó ferrocarriles.

—«¿Y qué quiere decir eso? me preguntó.

«Expliquéle lo que era un carruaje, y lo entendió luego, porque habia visto la diligencia francesa que recorre el trayecto entre Beyrouth y Damasco. Pero me fué imposible hacerle comprender lo que era un camino de fierro, pues para ella era materialmente imposible que un vehículo pudiera marchar solo, sin ser tirado por asnos, caballos ó camellos. Emplé gran rato en hacerle una explicacion sobre el mecanismo de los vapores de tierra, pero perdí mi tiempo inútilmente, porque nada pude hacerle entender, por mas que tomé empeño. A la una de la mañana dí por terminada la conversacion, y dije á Fatma por la centésima vez y muy á su pesar, «buenas noches.» Ella quedó despierta pensando en cuanto habiamos hablado, y me dijo al dia siguiente, que no habia podido dormir en toda la noche, impresionada vivamente por la conversacion que habiamos tenido.»—

A las nueve y media nos despedimos de la familia del cónsul, pero este se empeñó en acompañarnos hasta nuestra tienda, porque á aquellas horas estaban cerradas ya las puertas de la ciudad.

Al salir de Saida, encontramos una vieja que lloraba y se retorcia

los brazos desesperada. Se acercó á ella el cónsul y le preguntó qué tenia, á lo cual contestó ella, que le habia echado una maldicion una tia suya, y que esta no habia querido levantársela por mas que se lo habia suplicado. Díjole el cónsul que no habia motivo para que se aflijera por eso, pues si habia cometido un yerro, no tendria mas que desha-cerlo para quedar tranquila. Ella contestó que el yerro estaba enmen-dado, pero que no por eso la maldicion habia sido levantada, y que estaba segura de que algun mal enorme iba á sobrevénirle. Por mas esfuerzos que hizo el cónsul, no pudo conseguir que se sosegara el ánimo de la pobre vieja, y lo único que logró hacer en favor de ella, fué determinarla á entrar en la ciudad, y no pasar la noche fuera de los muros.—

Esta escena me pareció muy extraña, pues no es costumbre en Occidente hacer grande aprecio de maldiciones, y aun hay hijos mal-ditos de sus padres, que viven en medio de la mayor paz, sin dárse-les un ardite por ello. Pero en Oriente sucede todo lo contrario, segun me ha sido dicho, y tanto es así, que los hombres mas bravos tiem-blan delante de una vieja que amenaza con maldecirlos. Este temor á las maldiciones es muy antiguo en estos países, y aun parece que Dios aprueba que se tenga. Cuando los hebreos llegaban á la tierra prometida, un rey idólatra, Balac, mandó á Balaan que los maldijera; pero Dios impidió al falso profeta que lo llevara á efecto, haciendo que hablase la burra que montaba, no queriendo que su pueblo fuera maldito ni por un agorero de Baal. Y así aconteció que Balaan, con-ducido por Balac á los altos de Moab, en vez de maldecir á Israel, co-mo se lo pedia el rey moabita, lo bendijo, profetizando sus victorias y la venida de Jesucristo.

§ IV

BEYROUTH.

Marzo 2.

Salimos de Saida á las seis de la mañana, y caminando siempre por el borde del mar, hicimos una travesía monótona y molesta. No encontramos durante toda ella ruinas ni lugares notables por su his-toria, á excepcion de una aldea llamada Nebi-Yunes, donde segun una tradicion árabe, fué arrojado el profeta Jonás por el mónstruo marino.

A la una de la tarde almorzamos al borde del mar, sentados sobre unas piedras y sin abrigo ninguno contra los rayos abrasadores del sol.

A las tres entramos en un camino embellecido por la vegetacion. Nos apartamos de la playa y subimos por un pequeño monte cubierto de yerba y plantado de árboles. A la derecha se levantaba la gigan-tesca cadena del Líbano.

Muy á poco entramos en un bosque de moreras. Allí habia mul-titud de camellos. Los árabes que los conducian los habian hecho arrodillarse para amarrarles la carga, y los mansos animales bajando su delgado y retorcido cuello, pacian la verde yerba de aquel terreno fangoso. Esta escena me trajo á la memoria la llegada de Eliezer á Nacor de Mesopotamia, cuando «hizo arrodillar sus camellos fuera de la ciudad, junto á un pozo de agua, al caer de la tarde.»

Atravesamos un larguísimo bosque de pinos, y entramos en una calle formada por amenos jardines á derecha é izquierda. A las cua-tro y media llegamos á Beyrouth, y nos dirigimos al hotel Belle-Vue, situado á la orilla del mar, hácia el extremo de la ciudad, llamado *Ras-el-Beyrouth* (cabeza de Beyrouth).

Apenas llegado al hotel, me dirigí á mi aposento, y me dejé caer sobre el lecho. Hasta ocho dias despues no volví á tener conciencia